

entonces! ¡qué confusion! ¡qué tinieblas! No debéis preguntar, si me he hecho notable en las juntas de los sabios por la penetracion del ingenio, por los hechizos de la imaginacion, por el prodigio de la memoria y por la fuerza de la elocuencia; sino ántes bien, si prescindiendo enteramente de mí mismo, me ocupo solo en los intereses de vuestra eterna salud, si amo á Dios, y en él os amo á vosotros: „Ama, decia San Agustin, y haz lo que quieras.” Bien os entenderia á vosotros, ó á otro predicador, que me dijese: no podemos discurrir, no podemos admirar, no podemos aprender tales ó cuales libros; pero yo les responderia con San Bernardo: ¡y no podéis amar? ¡Ah, hermanos míos! podéis y mucho, amar á Dios y amar á vuestro prójimo; y esto bastará, no lo dudéis, sin necesidad de los talentos y de las otras cualidades semejantes, para que la palabra de luz y de vida, descendiendo á vosotros, caiga como la semilla robusta en una tierra dócil y fecunda, y germinando allí, brote, y crezca, y multiplique sin fin en pro de vuestra eterna felicidad sus frutos de salud y bendicion. Esto bastará tambien, tenedlo por seguro, para que me veais inesperadamente trasformado en medio de vosotros de tinieblas en luz, de ignorancia en sabiduría, de debilidad en poder, y por último, para que me encontréis y sintáis mui elocuente contra todas las previsiones y todos los cálculos puramente humanos: porque tened presente, que la palabra es de Dios, el ministerio es de Dios, el designio es de Dios, y Dios es la sabiduría y el poder por esencia. ¡Qué importan pues mis talentos y mi poco saber, cuando lo que yo os conduzco por mis lábios ha venido del cielo, y cuando Dios ha mandado expresamente que yo venga á salvaros con la predicacion de su doctrina?

¡Cuántos motivos de confianza en el Señor, hermanos

mios, en el Señor que da gloria á su nombre multiplicando los adoradores en espíritu y en verdad, que hace crecer este número prodigiosamente con la difusion liberalísima de su palabra, de esta palabra viva, fecunda, eficaz, como dice el Apóstol San Pablo,¹ y que la extiende y difunde sin otra condicion que la docilidad y el conocimiento íntimo de nuestras tinieblas; y que demasiado zeloso de que la razon humana vaya á atribuirse su poder, quiso y anunció desde un principio, que las altas revelaciones de su doctrina, léjos de caer bajo el dominio presuntuoso de los grandes, fuesen el exclusivo patrimonio de los sencillos y pequeños! ¡Quién no hallará razon para tenerse por tal en la presencia de Dios? ¡quién de vosotros, hermanos míos, de todos los que existen y de cuantos han de venir despues á la vida, no tendrá á disposicion suya este requisito único que pide Jesucristo para comunicar su sabiduría con la palabra de sus ministros?

TERCERA PARTE.

Lleno pues de confianza en las promesas del Señor; santamente animado con la idea feliz de que Dios nos ha congregado aquí con algun designio, y de que este designio, como suyo que es, envuelve un gran bien para vosotros y para mí; persuadido íntimamente de que habéis formado acerca de la doctrina evangélica un concepto digno del verdadero cristiano, considerándola relativamente á vosotros como un elemento fecundo de sabiduría, de

—1—Epíst. á los Heb. cap. IV, v. 12.

virtud y de santidad, entro á proponeros desde luego los medios que considero mas á propósito para que saquéis un provecho incalculable de estas santas instrucciones.

Estos medios miran todos al método, y el método, como bien sabéis, es el sabio concierto, el orden en todo lo que pensamos y en todo lo que hacemos. El orden, señores, es hijo de Dios: considerad su esencia, contemplad sus atributos, examinad sus obras: donde quiera sorprenderéis la armonía, donde quiera veréis brillar el orden, constantemente iréis descubriendo nuevos motivos de admirar esa concordia maravillosa con que las partes de cada objeto están distribuidas para componer un todo perfecto, sometiendo todas las cosas á la lei de la unidad, á esta lei que pone un sello divino sobre todas las cosas que han salido de sus manos. Yo quiero pues, que vosotros pongáis en práctica, cuanto es dado á vuestra respectiva capacidad, esta discrecion de pensamientos, este orden, este concierto precioso, que debe hacer mas abundantes y perfectos los frutos de vuestra constante aplicacion.

Pues que vengo á enseñaros, supongo que no conocéis, á lo ménos con la extension, claridad y perfeccion debidas, los oráculos sublimes de la fe, las promesas divinas de la esperanza y las condiciones celestiales de la caridad. Maestro de vosotros en Jesucristo, voi á conducirlos pues á lo desconocido; pero ministro suyo, debo acomodarme en todo al pensamiento, al plan de regeneracion intelectual y moral que vino á producir en la tierra, trayendo acá su gracia, no para que la naturaleza humana durmiera el sueño de la pereza, ni para que la vida del hombre corriese en la inaccion de todas sus facultades, sino para ayudar á la primera y dirigir la se-

gunda, á fin de que el hombre ganara la perfeccion y la felicidad eterna con el sudor de su rostro. Yo bien sé, que á nuestro Criador y Salvador, al Dueño de la naturaleza y Arbitro de la gracia bastaria un simple querer para transformar al hombre y producir en él instantáneamente su felicidad; yo bien sé, que dirigiéndose acá en la tierra nuestros pensamientos y nuestras obras á pagar por medio de la expiacion la inmensa deuda del pecado, rescatando nuestra inocencia por medio de una penitencia sincera, bastaria que Dios lo mandase, para que quedáramos libres de trabajar por nosotros mismos: bien sé, que el sacrificio del Salvador del mundo lo hizo todo, y que para redimirnos de la pena eterna nos bastan los méritos de Jesucristo; pero sé tambien, que Jesucristo, ganando con su muerte nuestra libertad, estableció un reino que habia de gobernar por las leyes de su voluntad soberana, que nos puso condiciones para medrar con su gracia y utilizar sus tesoros, que sometió la naturaleza á la lei de un continuo trabajo; la razon á la fe, pero sin descargarla del deber de cultivarse; el pensamiento humano al pensamiento divino, pero sin proscribir la accion de las causas segundas: que pudo relevarnos de merecer por el egercicio de nuestras virtudes y por las continuas victorias sobre nuestras pasiones; pero que lo dispuso de otra manera, y para servirme de las palabras de nuestro manual catecismo, os diré, que los méritos de Jesucristo nuestro Señor bien nos bastarian, pero no exclusivamente, porque el mismo Salvador del mundo *quiere que satisfagamos con él nosotros*. Si pues he de llevaros á lo desconocido por medio de la predicacion de la doctrina cristiana; si á fin de conseguirlo debo concertarme con Dios en su plan de sabiduría; si en este

plan entra el desarrollo franco y ordenado de los elementos de la naturaleza; si este desarrollo supone un punto de donde partir y por tanto un punto conocido, claro es, hermanos míos, que mis pláticas han de seguir fielmente á la misma naturaleza, y yo caminar de lo que mejor conocéis á lo que mas vehementemente deseáis por un sendero que acaso tiene algunas tinieblas para vosotros. Lo que mejor conocéis es ese precioso libro que manejáis desde los primeros dias de vuestra infancia católica, lo que mas íntimamente deseáis es esa felicidad eterna para la que habéis sido criados: entre estos dos puntos está el sendero de la vida cristiana, el grande objeto de vuestra continua solicitud, la fecunda materia que Dios ha colocado bajo la influencia sublime del sacerdocio. En este dilatado camino podéis hacer la última pérdida, si desgraciadamente os extraviáis ú os deteneis: se extravía el que se divaga á otros senderos; se detiene quien corta sus pasos para quedarse en la tierra. La falta de luz ocasiona el extravío; la falta de vigor espiritual causa ese detenimiento penoso que podríamos llamar la triste parálisis de la virtud. Contra este doble escollo hai un doble y eficacísimo poder, que sirve á su turno para prevenir ó reparar el extravío y la paralización: el poder de la luz que nos dirige, y el poder de la gracia que nos sostiene: he aquí, vuelvo á decir, cómo el cultivo de la doctrina cristiana, de donde fluyen ambas cosas, debe conducir á su perfeccion la grande obra, guiando vuestro entendimiento y vuestra voluntad de lo mas conocido á lo desconocido, del conocimiento general de vuestro catecismo y el gran deseo de vuestro fin, al conocimiento práctico de la doctrina cristiana, que cuando llega á ser una instruccion práctica, es lo que llamamos

palabra de Dios entendida y observada, es todo por lo mismo, pues con esto solo se han llenado las condiciones eternas de nuestro destino, siendo claro, infalible y de fe, que la felicidad eterna está reservada para los que entienden y guardan la palabra de Dios, como desde el principio tuve cuidado de advertir.

No os propongo pues, ya lo véis, esas gravísimas y penosas dificultades con que los sabios de este mundo intimidan el talento y alarman la razon en sus escuelas: os propongo una cosa bien sencilla, estudiar con meditacion y esmero vuestro manual catecismo, como un libro donde están contenidos íntegramente los preciosos elementos de todo el saber cristiano, y atender con la mayor solicitud á la santa predicacion que voi á haceros, en el concepto de que pienso sujetarme al mismo catecismo. Todas las grandes nociones que deben aguardarse de la predicacion acerca de los dogmas, de los preceptos y de la moral serán para vosotros lo mas fácil y sencillo, si yo las desenvuelvo sobre el texto de ese libro tan pequeño en su volúmen, como inmenso en su comprension.

Yo, como vosotros, le tengo y estudio desde mi infancia; medito diariamente en él, y á deciros la verdad, le poseo como un tesoro. Dios me oye, y en su nombre hablo, y creo que Dios pone la verdad en mi conciencia, si os aseguro sobre su testimonio, que este libro ha sido para mí el gran maestro, y que nunca he ocurrido á su texto sin descubrir nuevos espacios, sin hallar nuevas instrucciones, sin descender con mi entendimiento á mayor profundidad. Esta es mi constante lectura; este es mi amado libro. ¿Cuál será pues mi deseo respecto de vosotros, sino que le estudiéis como yo le estudio, le respetéis como yo le respeto, y le améis como yo le amo?

Grande es ¡oh católicos! inmensa la ciencia del verdadero sacerdote; fecunda y sublime, cuanto mas no cabe la doctrina que corre bajo su pluma, ó sale de sus labios; infinita la luz que se desprende de cada página de la Santa Escritura; vivísimo el reflejo que de ella dan sobre el mundo con sus escritos y lecciones los apologistas y los doctores del cristianismo. Pero en esta ciencia hai sus grados, como en el precepto de saberla sus limitaciones relativas al estado y destino de cada hombre. A vosotros os toca saber y entender vuestro catecismo; á mí me basta podérsle explicar. Siento en mí la escasez de conocimientos de cierta gerarquía; pero no los desearé, católicos, sino cuando Dios me los haga necesarios para otro ministerio. Dejo pues allá en las regiones mas elevadas proseguir su magestuoso y sublime vuelo á las primeras antorchas de nuestra Santa Iglesia, y me contento mucho con poseer la doctrina de este catecismo en el grado que se requiere para su edificante explicacion.

Quede pues entendido entre vosotros, que el primero de los medios para asistir con aprovechamiento á estas santas instrucciones, es el estudio constante y esmerado de nuestro manual catecismo, y la atencion cuidadosa, sostenida y siempre fija en la explicacion que de él se os haga.

El segundo medio es metodizar en el seno de vuestras familias tan importante estudio, desempeñándome vosotros en vuestras casas con el ejercicio de ese magisterio doméstico que honra tanto á la religion. ¡Oh padres de familia! este carácter os da en el mundo una representacion divina. Llamados como sois á vuestro turno á la mision augusta de extender la fe, afirmar la esperanza, y celar incesantemente la caridad en ese peque-

ño mundo que la Providencia ha puesto bajo vuestro inmediato gobierno, sois los subalternos del sacerdocio en la grande obra de la santidad, los ministros de la religion en el gobierno de vuestras familias, los magistrados católicos en el recinto de vuestras casas. Y vosotros, á quienes la naturaleza y la religion han colocado bajo el poder tutelar y dulce de la paternidad, vosotros ¡oh jóvenes! que sois llamados para obedecer, y ser felices, y vivir muchos años sobre la tierra, ¹ nunca olvidéis que tendréis una gran parte en la obra santa de vuestra felicidad propia y la de todos los otros á quienes debéis amar como á vosotros mismos, si sois dóciles y atentos á la voz de vuestros padres, maestros y superiores. Estudiad con esmerada solicitud este libro; asistid con el empeño mayor á las piadosas distribuciones que se fijen en medio de vuestras familias para su enseñanza. Esta enseñanza os brinda con el mayor bien. Vuestro cuerpo esta subordinado á vuestra alma, y por vuestra alma sois todos entendimiento y voluntad: doctrinas y máximas, verdades y virtudes; he aquí todo el hombre segun Dios: un hombre segun Dios; he aquí al ser mas dichoso y grande que puede presentar la tierra. ¡Queréis ser grandes, deseáis ser felices? Sabed primero ser cristianos. ¡Anheláis por esta ciencia? Aprended vuestro manual catecismo. ¡Queréis hacer bien este importante aprendizaje? No os limitéis nunca al solo mecanismo de la memoria, porque este mismo catecismo os enseña que cada uno de vosotros está rigurosamente obligado á *saber y entender todo esto*, siendo claro que *no podemos cumplir sin entenderlo*.

La inteligencia pues de esta doctrina se ayuda con la

(1) Exod. cap. XX, v. 12.

gracia, pero se consume por la naturaleza, y la naturaleza está encerrada en el ejercicio de vuestra razón y la razón de vuestros padres; porque ni ellos podrán conseguir nada, si no cuentan con vosotros, ni vosotros por cierto adelantareis cosa considerable, si no contáis con ellos. Por muy felices que sean las disposiciones que os haya concedido el Señor, por muy despierta que esté vuestra razón, y claro que sea vuestro talento, necesitáis de maestro. ¿Tendréis más razón, más experiencia y más talento que el mundo? Pues habéis de saber, oh jóvenes, que el mundo estaba en las tinieblas, y no pudo por sí saber la doctrina: hubo menester de uno que se la enseñase: Jesucristo bajó del cielo á ejercer este nuevo cargo á fin de preparar los hombres á la redención, y por esto, sus oficios más principales, como dice nuestro libro, fueron los de *Salvador* y *Maestro*. Regeneró al mundo con las doctrinas. ¿Y qué doctrina enseñó? La misma que vosotros estáis aprendiendo, la doctrina cristiana. Subiendo al cielo dejó en la tierra quien enseñara en su nombre, una maestra para todo el mundo, esta maestra es la Iglesia: maestros para toda la Iglesia, para reinos, naciones, provincias, diócesis, parroquias, aldeas y simples familias: es decir, los sumos pontífices, los patriarcas, primados, arzobispos, obispos, curas, simples sacerdotes, maestros particulares y padres de familia. Ved pues en ellos á vuestros maestros, y estad seguros que correspondiendo á sus instrucciones, prestandoos á su voz, seréis sabios y también felices.

Réstame tan solo, católicos, deciros la parte que yo me propongo tomar en estos medios, hablaros del orden que pienso seguir en estas santas instrucciones.

No sé cuanto ganaria ó cuanto perderia el método con-

siderado independientemente de vosotros, si yo prescindiese del camino que nos traza nuestro manual catecismo; pero sí sé, que todo seria perder, si cayera en la tentación peligrosísima de adoptar un plan enteramente nuevo. Vuestro catecismo, hermanos míos, referido á vuestra razón, es infinitamente más de lo que á primera vista aparece considerado en sí mismo. Dado que hubiese otro mejor por su método, pues no puede haberle mejor por su doctrina, nunca debería sustituirse, y os voy á decir luego porqué. Este manual catecismo que todos tenemos no es el libro de una sola familia, de uno solo pueblo, de una sola generación: es el libro de muchas naciones, de cuantas hablan nuestro propio idioma; ha sido el de muchas generaciones, de cuantas contamos en la cadena dilatadísima que corre hasta nosotros desde su primera publicación: él representa, señores, la ciencia común de muchos pueblos en materia de doctrina: su contenido forma ya una parte de nuestros hábitos intelectuales: su idioma está puesto al nivel de lo que nos es más familiar: sus ideas corren á la par en la misma distancia que las que tenemos acerca de las necesidades más ordinarias de la vida. ¿Qué empresa tan difícil pues, la de cambiaros el texto! ¿qué ventajas podrian compensar la penosa violencia de tantos hábitos! ¿con qué reemplazaríamos esa incontrastable firmeza con que se radican en el alma las ideas que reposan sobre los hábitos intelectuales de algunos siglos? No: mis instrucciones irán fundadas sobre vuestro libro, y esta es la primera condición de mi plan.

En todo seguiré pues, el texto de nuestro manual catecismo del Padre Ripalda en el orden de sus declaraciones, comenzando por explicaros la que sirve de pre-